

hora rara cerero

Tras el beso, el brindis, los abrazos y las felicitaciones por el nuevo año, luego de escuchar los veintiún cañonazos que las Fuerzas Armadas dispararon desde la Fortaleza de La Cabaña el 1 de enero para conmemorar el aniversario 50 de la Revolución, y tratando de recordar algún fragmento del texto que el locutor dijo fue redactado por Fidel, salí a la calle. Debía visitar a unos amigos que viven en mi barrio. No es algo sencillo salir a la calle en los minutos que siguen a la hora cero. En Cuba eso implica cuidarse de los cubos de agua que lanzan desde los balcones o los portales a la calle –para limpiar la casa y al mismo tiempo *limpiarnos* y dejar atrás todo lastre, la mala vibra–. En Cuba eso también implica ver cómo queman un muñeco en medio de la calle –el año que termina–. O tener que hacerte a un lado cuando vas por la acera a casa de tu amigo, porque en tropel un grupo de personas de una misma familia se aferran a una maleta y entre bromas corren hasta la esquina, luego regresan para cederle la maleta a otros familiares –así echarían a andar los engranajes de un enrevesado mecanismo que podría terminar con un viaje al rincón más insospechado del planeta–. Dicen que hay quienes también disparan. Al aire.

Cuidando no verme implicado en ninguna tradición familiar ni nacional salvo la del choque de copas y las felicitaciones, me vi con mis amigos. Con el paso de los años la ronda de visitas me toma cada vez menos tiempo, son menos los amigos que permanecen en este otro rincón del mundo. Para encontrarme con esos que se han largado por motivos que van desde el sueño al desespero debo esperar a que se establezcan, compren el boleto y suban a un avión con destino al Aeropuerto José Martí. O ir a la cama, dormir y soñar con ellos –una manera a veces expedita para encontrarse no solo con los amigos, también con nuestros muertos–. O hacer un inventario. Aunque me gustaría saber cómo se las arreglan los que, como yo, tienen más de un par de amigos entrañables en lugares donde el océano está de por medio, a estas alturas no somos pocos y tengo la sospecha de que la cifra sigue creciendo.

Regresé a mi apartamento una vez terminé la ronda de visitas. Entonces vi a Ismael.

Al baqiya fi haya tek, dijo Ismael. Enarcó las cejas. Me dio unas palmadas en el hom-

bro. Creí verle una media sonrisa en el rostro. Y se despidió. Debo consignar que antes de despedirse apuntó su dedo en dirección a la avenida Rancho Boyeros, su dedo indicaba que algo había o vio en el centro de la ciudad. ¿Qué?, ¿dónde? No dijo.

En la mayoría de los barrios siempre hay alguien que rebasa el punto de no retorno hacia la cordura e Ismael es uno de ellos. Ismael es uno más. Es uno más entre nosotros. A veces pasa desapercibido, el fin de año de 2007 fue uno de esos días. Vestido con sus mejores galas regresaba de algún lugar, perfumado, algo de alcohol en el aliento y una sonrisa en cuarto creciente. Pero algo vio y quizá por eso me dijo *Que su vida perdida sea tuya en el futuro*. Sé que también debo consignar que Ismael perdió a su hijo. Las versiones de la muerte son varias. Que se ahogó intentando llegar en una balsa a la Florida. Que en un viaje de trabajo se quedó en Colombia, andaba en el negocio de las drogas y un sicario le reventó el pecho de un balazo. Que por puros celos la mujer, una modelo francesa, lo envenenó. Que se murió de sed cruzando la frontera entre México y Estados Unidos. Que quedó deshecho en menudos pedazos al atravesar el campo minado de la Base Naval de Guantánamo –en esta versión no se aclara si se colaba o escapaba de la Base–. Que en Estocolmo se ahogó en su propio vómito mientras trataba de hacerle una verónica, con alcohol y pastillas, a una profunda crisis. Que cayó de un andamio mientras pintaba una fachada en Sabadell. Hay otras versiones y tienen el mismo desenlace: la muerte del hijo de Ismael. Es el propio Ismael quien las relata. En la más reciente su hijo paga varios miles por tener un cupo en una salida, en plena madrugada, por la zona de Canasí. En el grupo viajarán mujeres, hombres y niños. Pero los sorprende la guardia costera cubana en altamar y el *patrón* intentará dejarla atrás. Lo que sigue es una sucesión de eventos que da al traste con el plan de todos los que viajaban en la lancha: una señal para que detengan la embarcación, la decisión de darse a la fuga, una pésima maniobra del *patrón*, también hay oleaje, la lancha comienza a hacer agua. En este relato el muchacho, invariablemente, muere, pero a diferencia de las otras el cadáver sale a flote amortajado en una caja de madera pintada de blanco. Según el relato de Ismael, el cadáver, flotando dentro del ataúd, regresa a tierra. ¿Una bella y

